



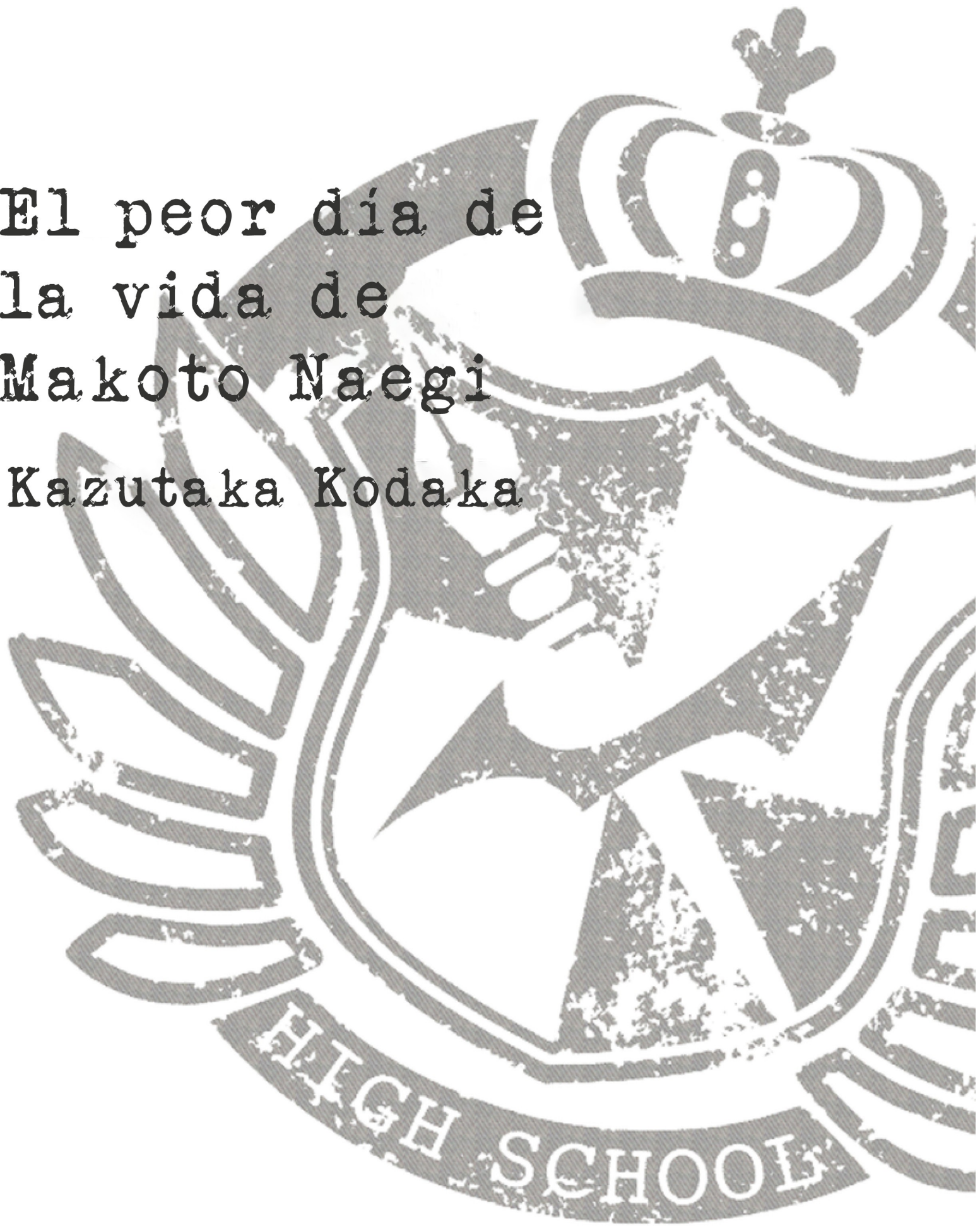
DANGANRONPA

**MAKOTO NAEGI
CONFIDENCIAL**

El peor día de la vida de Makoto Naegi

El peor día de
la vida de
Makoto Naegi

Kazutaka Kodaka



Esta historia transcurre antes de que todo comenzara. Antes de que los estudiantes que participaron en el Coliseo académico se hubieran matriculado siquiera en la academia Kibougamine. Es el relato de algo que pasó antes de que pasara nada.



— Antes de concluir la reunión -dijo el director- He de realizar un último anuncio.

Se hallaba sentado frente a una mesa grande, redonda y de madera que se encontraba en el centro de la sala especial de conferencias de la academia Kibougamine. El suelo estaba cubierto por moqueta roja y las ventanas las tapaban cortinas gruesas. Había un cierto aire solemne en la habitación, que parecía pertenecer más a un hotel antiguo que a una escuela.

— ¿Qué? ¿Aún no hemos acabado?

Los cuatro miembros de la junta directiva de la academia Kibougamine, que ya habían dado la reunión por acabada, volvieron a sentarse sin disimular su frustración.

— ¿Y bien? ¿De qué se trata este «anuncio»?

— Ya hemos elegido al Estudiante afortunado definitivo que pertenecerá a la Clase 78. -contestó el director, seguro de sí mismo. Al instante, resonaron en la sala suspiros de decepción.

—Vaya. -dijo uno de los señores- Así que ya hay alguien nuevo para sentarse en el trono de los fracasados, ¿a que sí?

El título de «Estudiante afortunado definitivo» se otorgaba cada año a un único alumno de instituto elegido por sorteo por la academia Kibougamine. A dicho alumno se le invitaba a matricularse en la academia y la junta directiva se refería a tal plaza como el «trono de los fracasados». Los cuatro creían que la fortuna no se trataba de ningún talento.

—Menudo desperdicio. -murmuró uno de ellos.

—A ver, ¿es que no hay otros talentos que merezcan más la pena investigar? -se quejó otro.

La junta directiva era la que poseía todo el control sobre la academia Kibougamine -incluida la elección de directores- por lo que hasta él mismo tenía que escoger con cuidado sus palabras, por muy ridículas que fueran las opiniones de la junta.

—Con el debido respeto. -dijo el director, poniendo así de manifiesto su desacuerdo- La fortuna puede considerarse un tipo más de talento.

Por dentro, sin embargo, no podía evitar sentir frustración por lo tozudos que podían llegar a ser, pero no dejó que se le notara este descontento.

El director era un hombre con ambiciones. Tenía un objetivo para el que trabajaba sin descanso, por lo que si quería llegar a alcanzarlo algún día, no debía poner a la junta directiva en su contra. Por otra parte, también tenía que andarse con ojo para no centrarse demasiado en complacerles, dejando de lado sus propios planes. Por ello, decidió explicarse con más detalle que de costumbre.

—En ocasiones, la suerte es capaz de ensombrece hasta al más destacado de los talentos y al más diligente de los esfuerzos. Por este motivo la humanidad le rinde respeto y la venera. Es fácil descartar a la suerte como un incidente puntual o una mera probabilidad pero yo, personalmente, no puedo evitar querer indagar más a fondo. Para saber si la fortuna es una variable incierta o un talento de verdad, necesitamos ver...

—Como ya te hemos dicho una y otra vez, -interrumpió uno de los señores- la fortuna no es un talento. La suerte no es más que una impresión, una etiqueta que se aplica cuando un evento con bajas probabilidades de pasar, pasa. La gente que presencia dicho suceso lo califica de suerte, por lo que queda considerado de esta forma. Es tan simple como eso. Lo que pasa en realidad es que este evento tiene lugar porque así estaba designado por el orden natural de las cosas. Por muy improbable que sea, *si existe la posibilidad de que ocurra, ocurrirá.*

El director asintió levemente, tras lo que contestó:

—¿Seguro que eso es todo?

—¿A qué se refiere?

—¿Recuerda al Estudiante afortunado definitivo del año pasado?

En cuanto dichas palabras salieron de su boca, las caras de todos los miembros de la junta se tensaron de inmediato, como si hubiera mencionado algo prohibido.

—Si todo tiene lugar porque existe un orden natural, -prosiguió el director- ¿cómo es que todo lo que sucede le resulta beneficioso? Soy incapaz de mirar a ese muchacho y creer que la fortuna no es más que nuestra percepción sobre el resultado de un suceso.

—Pero cuando el resultado es algo *así...* -profirió uno de los señores. Los cuatro miembros de la junta directiva mantenían una cara agria, como si estuvieran chupando limones, desde que el director había mencionado al Estudiante afortunado definitivo del año pasado.

No cabía duda de que era un alumno muy problemático, que causaba contratiempos por todas partes y metía en líos a sus compañeros. Lo peor de todo es que no lo hacía con mala intención. Su presencia en la academia resultaba un motivo de preocupación para el director, pero...

—Aun así, -continuó- no queda otra que admitir que su suerte es auténtica; que podemos considerarla como un «talento» con todas las de la ley, ¿me equivoco?

Todos los miembros de la junta permanecieron en silencio, sin que pudieran contestarle.

Al final, a uno de ellos se le acabó la paciencia y respondió, mientras se reclinaba en su silla:

—Veo que no tienes intención de cambiar de idea. Haz lo que te parezca.

El director inclinó su cabeza de inmediato, como si aquellas palabras fueran todo cuanto necesitara.

—Muchísimas gracias -dijo, mientras levantaba su cabeza, tras lo que cogió una hoja de papel que estaba sobre la mesa de madera. En ella se encontraba impreso el perfil del alumno que había sido elegido como el Estudiante afortunado definitivo de la Clase 78. En la hoja constaba información detallada que hasta la persona elegida había olvidado desde hacía mucho tiempo.

¿Cómo pudo entonces la academia Kibougamine obtener esta información?

No hay ni que decirlo.

Si no pudiera, no sería la academia Kibougamine.

Era un centro en el que solo se admitían a alumnos con talentos especiales, con el fin de formarles para que se convirtieran en la esperanza del país de cara al futuro. Sus ex-alumnos ocupaban puestos cruciales en todos los campos, además de que la academia contaba con apoyo gubernamental. Intentar entender a la academia como un centro normal y corriente no era más que una pérdida de tiempo.

Con el perfil en la mano, el director prosiguió con su anuncio.

—Este año, desde la academia Kibougamine hemos escogido a un único nombre, mediante sorteo justo e imparcial de entre todos los alumnos de instituto matriculados a lo largo de todo el país, con el fin de invitarle a formar parte de la academia bajo el título de «Estudiante afortunado definitivo»...

La junta directiva llevaba un rato sin escucharle, pero el director continuó como si nada.

—El nombre resultante es...

El director desvió la mirada a la hoja que llevaba en la mano y leyó en alto el nombre que constaba allí... El nombre de una cierta alumna de instituto.



—Puf, hoy no es mi día de suerte. -murmuró Makoto Naegi mientras suspiraba y se dirigía a la tienda de conveniencia más cercana.

Makoto era un estudiante de instituto normal y corriente que acudía a un instituto normal y corriente, lo que le dolía admitir y lo que le recordaba su entorno a menudo, tanto amigos como

familia. Aunque por una parte esta situación le desanimara, también se había resignado a que no le quedaba otra opción y no podía cambiar de ninguna forma. Que se sintiera de esa forma sobre lo normal que era sólo ponía en firme su propia normalidad.

Aquel día, sin embargo, no era un día cualquiera.

Aquel día, Makoto no era un chico normal y corriente. Era alguien excepcional de una forma única.

Para explicarlo de forma sencilla: era un chico desafortunadísimo, lo que empezó a descubrir tras acabar las clases.

Por primera vez en mucho tiempo, el cielo no tenía ni una nube y Makoto estaba de un humor buenísimo. Como tenía la sensación de que el día le deparaba algo espléndido, decidió volver a casa por un camino diferente al que recorría siempre.

De vez en cuando viene bien darse un rodeo, pensó, de forma un poco diferente a como era normal. Fue este mismo cambio leve el que propició todas sus desgracias.

Tras un rato, Makoto pasó por un parque bastante grande. Allí se encontró con uno de sus amigos, un compañero de clase. Su amigo estaba con su propio grupo de conocidos, la mayoría desconocidos para Makoto, e iban a comenzar a jugar al piedra, papel o tijeras para decidir quién iba a comprar comida para los demás. El amigo de Makoto le invitó a que se uniera y éste supo que el ofrecimiento era algo repentino, a juzgar por la cara de su amigo y el modo en el que se comportaba.

Si hubiera sido cualquier otro día, Makoto habría rechazado la oferta y se habría ido por donde había venido, pero como aquel no era cualquier otro día, decidió que podía arriesgar su suerte.

Por alguna razón, no le cabía apenas duda de que fuera a perder; no solo había casi diez participantes, sino que el tiempo era idóneo. Nada podía salir mal.

El juego acabó tras la primera ronda.

Makoto perdió. Sacó tijeras, mientras que todos los demás sacaron piedra.

Las caras de sorpresa absoluta del resto fueron todo cuanto necesitaba para saber que no habían amañado el juego.

—Hay que ver, -dijo su amigo, asombrado- vaya mala suerte que tienes. No había visto nada igual.

—Tener una suerte pésima no es algo que me alegre, la verdad. -dijo Makoto, encogiéndose de hombros.

—Venga, que no es para tanto. -contestó su amigo, mientras le daba una palmada en el hombro y le daba unos cuantos billetes- ¡Yo quiero un refresco de cola y pollo frito!

—Está bien. -dijo Makoto con una sonrisa amarga- Veo que no me vas a dar más ánimos, ¿eh?

Sacó una hoja de papel de su bolsillo, escribió de forma apresurada lo que quería cada uno y cogió su dinero, todo ello maldiciendo su suerte.

A los diez minutos, Makoto salió de la tienda y empezó a caminar por la acera, cargado con bolsas de plástico enormes en cada mano.

—Ma-Madre mía... Cómo pesan...

Al comparar a Makoto con otros estudiantes de su edad, su constitución física dejaba un poco que desear. Llevar las bebidas y aperitivos de casi diez personas desde la tienda hasta el parque él solo no iba a ser una tarea nada fácil.

Piensa en algo agradable, se dijo a sí mismo para intentar distraerse del deber que cargaba con sus manos. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue el horario televisivo de aquella noche. Alguien que había ido al colegio con él, a quien conocía muy bien pero que no le recordaría, iba a aparecer en un programa musical por la noche. Llevaba con ganas de verlo bastantes días.

Qué ganas, quiero verlo ya, pensó. Y, justo en aquel instante, oyó cómo se rompía algo y perdió el equilibrio.

—¡Ah! -exclamó, pisando la acera con firmeza por instinto para evitar caerse.

Cuando recuperó el equilibrio, Makoto notó que sus manos estaban más ligeras; que el cambio repentino de peso casi le había hecho caerse.

—¿Eh?

Se fijó en sus manos, ahora que ya había entendido lo que acababa de pasar. Los fondos de las dos bolsas de plástico estaban rajados y todo lo que llevaban dentro estaba desperdigado por la acera.

—No puede ser...

Aunque fuera lógico que no por hacer buen tiempo las cosas le fueran a ir bien, Makoto se sentía como si hoy se hubiera levantado con el pie izquierdo. Las bolsas de la compra no solían rajarse así como así, a no ser que el dependiente hubiera cortado el paquete de bolsas con un cúter antes de sacarlas.

Cualquiera que le viera en aquel preciso instante sabría que a Makoto lo había mirado un tuerto aquel día.

—Venga ya... -murmuró, mientras juntaba a toda prisa la comida desperdigada; botellas de plástico, aperitivos y latas de aluminio llenaban toda la acera- ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

Si por algún giro de trama inesperado en su vida, una chica se acercara y le ayudara a recogerlo todo, entonces no habría tenido ningún problema en olvidar todo el asunto. Pero *nadie* iba por esa acera concreta, menos aún chicas amables que fueran a ayudarle. La carretera paralela a la acera era bastante amplia, pero como se encontraba en un área residencial cercana a un parque a

bastante distancia de la estación de tren, era normal que no hubiera muchos peatones. Makoto, sin embargo, no pudo evitar culpar a su mala suerte.

Al poco rato, Makoto acabó de recoger lo que faltaba. Varias bebidas habían salido rodando de la acera y llegado hasta la carretera, por lo que fue bastante complicado recuperarlas, pero al menos ya había acabado. O eso pensaba.

Cuando contó todos los productos apilados en la acera, Makoto inclinó de lado la cabeza.

—¿Esto es todo...?

Por alguna razón, le parecía que no estaba todo lo que había comprado, por lo que oteó la zona con la mirada.

En ese momento divisó a un anciano de barba larga sentada en un banco que había justo en frente de la tienda de conveniencia.

No me di cuenta de que había alguien, pensó.

El viejo apartó la mirada de Makoto y la desvió a sus pies. Se estiró y cogió una lata de café que había tirada. Justo ante los ojos de Makoto, tiró de la lengüeta de la lata, la abrió y sin dudarlo ni por un segundo, se la puso en los labios.

Eh, ¿eso no es...?

No, no puede ser, pensó Makoto según se acercaba al anciano.

—Di-Disculpe. -dijo, con timidez.

—¿Mmm? -gruñó el viejo mientras le daba otro trago a la lata y miraba a Makoto.

—Eh, perdóneme si me equivoco, pero, esa lata de café, ¿no será...? -titubeó.

—¿Eh? ¿Es tuya, hijo? -contestó el hombre, con cierta sorpresa en su rostro. Luego, se echó a reír. - ¡Ja, ja, ja! ¡Perdona!

—Ah, así que es... -dijo Makoto, perplejo.

Sin un ápice de vergüenza en su cara, el viejo contestó:

—Ah, es que verás... Vino a mí, ¿sabes? Así debía ser, por lo que no he podido contenerme.

—¡Cla-Claro que podía! -exclamó Makoto, rechazando de forma instintiva la lógica ridícula del hombre. Sin embargo, la sonrisa del viejo le decía que era una batalla perdida, así que sus hombros se desplomaron y profirió un suspiro profundo.

—Da igual, no importa.

Como por lo visto se sentía un poco mal por lo que le había hecho a un Makoto abatido del todo, el viejo dijo, con cierta preocupación perceptible en su voz:

—Oye, hijo, ¿de verdad te ha dolido tanto que me bebiera tu café?

—No es solo por eso -murmuró Makoto entre suspiros- Es que hoy tengo un día *de perros*. Llevo como media hora en la que no dejo de pasarlo fatal. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora? ¿Es el karma o qué?

Ante su frustración recibió una respuesta inesperada: el viejo se rió a carcajadas.

—¿Eh? -dijo Makoto, mirándole con sorpresa.

—El karma no tiene nada que ver, hijo. Si crees que te van a pasar cosas buenas por ser buena persona, no vas a llevarte sino disgustos.

—Pe-Peró...

—La cuestión es que... -prosiguió, sin permitir que Makoto pudiera discutirlo- no creo en el karma ni un pelo. Si eres bueno, te irá bien, o si te pasa algo malo, es porque has hecho alguna maldad. Todo eso no son más que sandeces. Ese modo de pensar es una esperanza vana, es un intento inútil de influir sobre tu propio destino y darle cierto sentido. En realidad, si eres desafortunado, lo serás aún seas un santo o un pecador, igual que si eres afortunado. Llevo ya lo mío recorrido, así que hazme caso cuando te digo esto.

Makoto volvió a suspirar, sin entender por qué aquel viejo le contaba todo eso. Pero el hombre prosiguió con su diatriba:

—En resumen, nadie puede controlar su fortuna. Por mucho que nos esforcemos y por muy hábiles que seamos, no somos nada frente a nuestro destino. No te pasará nada bueno ni si dependes demasiado de tu suerte ni si te resistes a ella. Ya sea buena o mala, solo podemos aceptar nuestra suerte por lo que es. Esta es la conclusión a la que he llegado después de todos mis años de vida. -concluyó el viejo, que asentía con aprobación por sus propias palabras.

—Eh... -dijo Makoto, que por fin había juntado valor para interrumpirle.

—¿Qué pasa, hijo? -preguntó el viejo con una sonrisilla- ¿No estás de acuerdo?

—No, no es que me parezca mal... -contestó, con ciertas dudas- No-No querrá que... me una a su religión o algo así, ¿no?

Durante un breve instante, el viejo se quedó con la boca abierta, pero se echó a reír poco después.

—Supongo que aún eres demasiado pequeño para oír esas cosas, ¿a que sí?

—Yo ya no soy pequeño.

—Sí que lo eres. -contestó el viejo, negando con la cabeza- Los niños son egoístas, pero los adultos se dan a los demás: he ahí la diferencia entre ambos. ¿Tú qué eres, hijo? Un pequeño que sólo se preocupa por sí mismo, ¿a que sí? Bueno, es algo normal. Como empieces a preocuparte por la gente de tu edad, no llegarás hasta la mía.

Tras emitir su juicio, el viejo se levantó, le dio la lata medio vacía a Makoto y dijo:

—Bueno, te queda mucho camino por recorrer. Ya verás que hay problemas más grandes por los que preocuparte, hijo, así que buena suerte.

—Eh, gracias. -contestó Makoto, perplejo. El viejo se marchó con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Makoto se quedó allí plantado, con cara de tonto, al ver cómo el viejo barbudo desaparecía en el horizonte, aunque por cada paso que daba, más raro le parecía todo aquello. ¿Por qué le había dado las gracias? ¿Y ahora qué hacía él con una lata medio vacía de café?

Al final, pensó, el viejo se las había apañado para darle largas.

Sin embargo, sí que había algo que se le había quedado a Makoto de todo el discurso del viejo: «Solo podemos aceptar a nuestra suerte por lo que es».

Tenía razón. No merecía la pena dejar que te arrastrara una fuerza incomprensible como la suerte y dejar que eso te enfadara o te diera ganas de llorar. No cambiaría nada. Por lo tanto, rendirse y aceptarlo como una parte de la vida era tal vez la mejor opción.

Que los recuerdos desagradables se queden en el pasado. Llevarlos como una bola con cadena era una estupidez.

Aquella lección hizo que Makoto se sintiera un poco mejor consigo mismo.

—Eso es. -dijo- Eso será lo que haga.

Su optimismo, que le permitía mantener sus emociones a raya de forma tan eficaz, era uno de los puntos buenos de Makoto Naegi.

Dicho lo cual, no tenía mucho tiempo para lamerse las heridas: aún tenía que hacer una entrega. El grupo de su amigo le estaba esperando para ya, por lo que tenía que entrar en la tienda, coger unas cuantas bolsas que *no fueran* a romperse y correr hasta el parque.

Ahora que se había planificado todo lo que tenía pendiente, Makoto tiró el café en una papelera cercana y allí lo vio.

—¿Eh?

En el banco había un móvil grande con un colgante en el que ponía “Conduzca con precaución”. Makoto supuso que pertenecía al viejo que se acababa de ir. Tras cogerlo del banco, Makoto se giró en busca del hombre, que ya había recorrido un buen tramo en lo que se habían despedido.

—¡Oiga, señor!

Makoto le llamó, pero el viejo no pareció escucharle. Para alguien de su edad, sí que se daba vida.

Makoto se enfrentó a un dilema.

¿Debería ir a por el viejo? ¿O dejar estar el asunto y acabar con lo suyo?

Miró al teléfono que tenía en su mano y luego a la montaña de comida que le esperaba en la acera. Teléfono, acera, teléfono, acera.

—¡Bueno, vale! -murmuró, tras lo que comenzó a correr. Makoto no era el tipo de chico que *no* hacía lo correcto si tenía la oportunidad.

—¡Señor, espere! -gritó con todas sus fuerzas aunque por casualidad, o quizá causalidad, un autobús pasó justo entre la distancia que les separaba, lo que silenció la voz de Makoto.

En cuanto el viejo vio el autobús, echó a correr hacia él, directo a la parada. El autobús y el viejo llegaron a la vez. Un segundo después, el autobús chirrió y sus puertas se abrieron. El hombre se montó a bordo.

—¡E-Espere! -gritó Makoto, pero el viejo desapareció en el autobús, sin mirar atrás- ¡Venga ya! -exclamó, mientras corría lo más rápido que podía. Para entonces, su cuerpo estaba demasiado ocupado empujándole como para hacer nada más. Apretó los dientes, contuvo la respiración, sacó barbilla y movió las piernas con desesperación.

El autobús emitió un sonido que indicaba que las puertas estaban a punto de cerrarse.

Entre su carrera y el temblor pronunciado de su vista, Makoto vio cómo se cerraban las puertas.

Unos segundos antes de que lo hicieran del todo, saltó a través del hueco y entró al autobús.

Jadeante, cayó de frente y con sus manos en sus rodillas dobladas. Podía oír cómo le palpitaba el corazón.

—Lo... Lo he conseguido... -resolló con fatiga.

Así es, lo *había* conseguido.

Suspiró de alivio y estuvo unos instantes quieto para recobrar el aire. Cuando se estabilizó un poco, alzó la cabeza y echó un vistazo por el autobús. Varios de los pasajeros le miraban con cierta curiosidad. Entre ellos se encontraba el viejo barbudo de antes, sentado al fondo del autobús con una cara de sobresalto.

—Menos mal... -murmuró Naegi con otro suspiro- Se ha dejado esto, señor. -dijo, mientras estiraba el brazo con el teléfono en la mano, para dárselo al señor. Mientras se dirigía hacia él, trastabilló con su propio pie.

—¡Ah!

El autobús aún estaba quieto, así que no era por eso. Tampoco se había tropezado con nada ni resbalado con nada. Lo más probable es que fuera cansancio tras la carrera. O tal vez era la mala suerte, que le acechaba cuando bajaba la guardia un poco.

¡Mierda!, pensó mientras caía de frente. Estiró la mano por instinto y agarró algo. Al instante, oyó cómo se *rasgaba* algo y luego se encontró en el suelo. Fuera lo que fuera lo que había agarrado, le había quitado bastante impacto a la caída: un breve respiro de suerte en una situación desafortunada.

Aun así, no se había librado del todo de la caída. Su hombro derecho y su lado le dolían. Además, tenía que haberse dado un golpe en la cabeza, porque veía chiribitas hasta con los ojos entreabiertos.

O, por lo menos, eso era lo que Makoto creía; pero se equivocaba. Los brillos no eran ninguna ilusión, sino luces reales y perceptibles que se refractaban a través de las ventanas del autobús y de las joyas desperdigadas por el suelo.

—¿Qué...? -murmuró Makoto, incapaz de comprender lo que veía ni de darle sentido alguno a la escena que tenía lugar ante sus ojos.

¿Qué hacen estas joyas en el suelo del autobús?

En aquel momento, una sombra apareció ante Makoto, que aún seguía tirado en el suelo en un estado de profunda confusión. La sombra pertenecía a un hombre con aspecto de oficinista que se hallaba en la parte delantera del autobús y se acababa de levantar. Con un tono tranquilo y profesional, el hombre dijo:

—Que nadie se mueva. Quedaos todos donde estáis.

El hombre colocó su bolsa rasgada en un sitio, rebuscó en su bolsillo y sacó de él un cuchillo táctico con el mismo gesto natural con el que cualquier empresario sacaría su tarjeta de negocios.

Fue pura suerte que Makoto agarrara aquella bolsa antes de caerse.

Fue pura *mala* suerte.



Jutarou Akafuku odiaba su nombre.

Sobre todo su apellido, que significaba «bendición roja». Cada vez que se presentaba, alguien le decía sin falta que le habían bendecido con un nombre precioso. Estaba tan cansado de oírlo que había optado por usar un seudónimo cuando hablaba con desconocidos.

Hay quien dice que a la gente la define su nombre y esta vez no era para menos. En los treinta y dos años de vida que tenía, Jutarou no se consideraba una persona desafortunada en lo más mínimo. De hecho, había sido bendecido con una suerte espléndida. Debido a los gajes de su oficio, en su trabajo había tenido que enfrentarse a situaciones muy peligrosas, pero cada vez y sin falta, varios arrebatos de suerte le habían salvado el pellejo.

Aunque su suerte fuera uno de sus puntos fuertes, no le gustaba mucho admitirlo.

Más bien, era inaceptable acabar en situaciones en las que dependiera del buen hacer del destino. Sabía muy bien que en su oficio, hasta el más pequeño de los errores puede resultar un desastre irreversible.

Jutarou era un ladrón.

Lo más importante para él, cuando estaba en mitad de un trabajo, era reducir la influencia potencial de fuerzas ajenas a él, como la suerte u otra gente, a mínimos absolutos. En su mente, un plan bien elaborado era el punto de inflexión de todo trabajo. Siempre diseñaba y ejecutaba sus planes él mismo y todo trabajo que fuera imposible de hacer, no era trabajo que le interesara. No había nada peor que ser traicionado por un compañero cegado por la avaricia y, además, Jutarou no necesitaba a nadie que le ralentizara. Ni *mucho menos* necesitaba pedirle ayuda a algo superior a él.

Como era normal, este trabajo no se desviaba de su código. Todo estaba planeado al milímetro y era el único que lo llevaba a cabo.

Su objetivo era una joyería pequeña en un distrito comercial de la zona. Jutarou contaba con información de que, pese a que pareciera un negocio caído en desgracia, tenía unas joyas valiosísimas en el almacén. Además, como el dueño era un tacaño, la seguridad se notaba por su ausencia.

Era una oportunidad increíble, de las que solo se te cruzan por delante una o dos veces en la vida.

Así que Jutarou había diseñado un plan complejo pero directo y lo llevó a cabo. Como era de esperar, todo fue sin ningún fallo, sin necesidad de improvisar. Su plan era perfecto y no había margen para interferencia externa, de la que no hubo en absoluto.

Con el botín en su bolsa, se subió con tranquilidad al autobús. Jutarou era partidario de usar el transporte público para todos sus trabajos. Era más fácil perderse entre la multitud en un autobús o en un tren que recorrer la ciudad con una moto o un coche y, si se vestía como un oficinista, se convertía en alguien invisible.

El disfraz también funcionaba. Ni una sola persona le miraba de reojo al sentarse en un asiento de la parte de delante del autobús.

Ahora que sentía que su trabajo había acabado, Jutarou suspiró un poco con alivio. Mientras el autobús hacía vibrar su asiento, se regocijó en silencio con la satisfacción de un trabajo bien hecho.

Y entonces, en un giro cruel del destino, todo ese trabajo se hizo añico ante sus ojos. Pero no es que él hubiera tenido mala suerte, sino que era una víctima colateral de la mala suerte de un adolescente. Aquel joven se había subido a su mismo autobús. Fue un golpe tan súbito de mala suerte que hasta Jutarou, que hasta entonces había sido bendecido con una suerte espléndida, no pudo hacer nada para evitarla.

Tras mirar con odio al muchacho tirado en el suelo del autobús, aquel joven que había compartido su miseria con él, Jutarou se levantó con calma de su sitio y dijo:

—Que nadie se mueva. Quedaos todos donde estáis.

Sacó un cuchillo táctico del bolsillo de su chaqueta y se lo enseñó a todos los pasajeros presentes.

No pasa nada, se dijo. Aún tengo tiempo de sobra para encauzar mi plan.



Nada tenía sentido. Sus ideas estaban tan mezcladas que era como si su cerebro fuera una gran bola de lana.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa, qué pasa?

Makoto intentaba entender con todas sus ganas la situación. Hacía trabajar a su cerebro, que estaba ya al límite, a todo ritmo para intentar recordar cómo había acabado allí.

El cielo estaba despejado y se encontraba de buen humor, así que optó por ir por una ruta diferente de la de siempre. Al pasar por un parque, se encontró con un compañero de clase, que le invitó a participar en un juego de piedra, papel, tijeras para decidir quién iba a comprarle aperitivos a los demás. Por su mala pata, Makoto perdió en tan solo una ronda y mientras volvía cargado con

bolsas, éstas se rasgaron y todo se derramó por la acera y la calle. Mientras recogía las bebidas del suelo, se encontró con un viejo sentado en un banco y, tras una breve conversación, el hombre se marchó, pero como se olvidó su teléfono, Makoto le persiguió hasta el autobús para tratar de devolvérselo. Otra vez por su mala pata, se tropezó con sus propios pies y se aferró a algo para recuperar el equilibrio en vano.

Y así fue como pasó todo.

Aunque intentara darle sentido a aquello recordando lo anterior, lo que pasaba ahora aún no tenía mucho sentido. Había un puñado de gemas repartidas por el suelo del autobús y un oficinista normal y corriente con un cuchillo militar sobre su cabeza.

—No pasa nada. No hay de qué preocuparse. -susurró Jutarou Akafuku para sí mismo. Parecía estar pensando en algo muy concentrado. *Sólo tengo que preparar otro plan y llevarlo a cabo para arreglar esta situación.*

—Di-Disculpe, -dijo Makoto, dubitativo y con intención de disculparse al hombre que se encontraba ante él. No tenía ni idea de si estaba haciendo lo correcto, porque el cerebro no le daba para tanto.

Al instante, el hombre del cuchillo miró con odio a Makoto. No pudo decir ni una palabra. Aquellos no eran los ojos de un oficinista trabajador, sino de un hombre con sangre fría que no dudaría en hacer daño a otros si le beneficiara.

—¿Serías tan amable de levantarte? -preguntó Jutarou con amabilidad. Su voz y su mirada daban sensaciones opuestas.

—¿Qué...?

—Repito, ¿te importa levantarte? -volvió a decir y, en aquel preciso instante, Makoto notó que el cuchillo se encontraba a tan solo unos centímetros de su frente. Todo cuanto Makoto había podido ver era a Jutarou acercarse a él y, cuando se había dado cuenta, ya tenía la mirada puesta en el arma del hombre.

—Me harás ese favor, ¿a que sí? -preguntó, mientras acercaba poco a poco el cuchillo.

Mientras el cuchillo subía, Makoto también se levantaba, como si estuvieran unidos por un hilo invisible. Se podía oír cómo tiritaban sus dientes. Sin mover la cabeza, examinó con ojos suplicantes el interior del autobús, en busca de ayuda. Pero los pasajeros permanecían inmóviles, congelados y con las caras pálidas como si no les quedara sangre en el cuerpo. Aunque fuera capaz de hablar y pedir ayuda, se daba cuenta de que nadie se la daría.

Aceptar nuestra suerte por lo que es.

Una vez más, las palabras del viejo barbudo resonaban en su cabeza. Pero en vano. ¿Cómo iba a aceptar aquella situación tan precaria así como así? No se le ocurría cómo. Y el hombre que había pronunciado tales palabras no parecía que fuera a ayudarlo; de hecho, tenía la cabeza baja y los ojos cerrados.

¿No pretenderá fingir que duerme?

Increíble. ¿De verdad cree que va a librarse de esta así como así?

Mientras la mente de Makoto estaba distraída con pensamientos sin importancia...

—Venga, muévete. -dijo Jutarou, que empujó a Makoto desde detrás.

—¿Qué...? -pudo expresar Makoto mientras se tambaleaba hasta la parte delantera del autobús.

Jutarou señaló con el cuchillo al conductor, que permanecía en su sitio, y le dijo:

—Levántate poco a poco y apártate del volante, ¿de acuerdo?

Como si manifestara su desacuerdo, el conductor mantuvo los labios cerrados y miró con el ceño fruncido al hombre del cuchillo.

Jutarou respiró hondo y exhaló todo seguido.

—Te he dicho que te apartes del volante. -repitió, con la misma tranquilidad hostil que antes.- No compliques más todo esto, por favor. Por cierto, si crees que no sé lo de que tienes un botón por ahí para llamar a las autoridades en caso de emergencia, te equivocas bastante. Como se te ocurra

quiera hacerte el héroe y pulsar ese botón... -apretó el cuchillo contra el cuello de Makoto- ... a lo mejor se me va la mano con este chico.

En un instante, el color desapareció por completo de la cara empapada de sudor de Makoto.

—¿Y bien? -le preguntó Jutarou al conductor.

—¡Va-Vale! -dijo el conductor, que se levantó y abrió la puerta que separaba el asiento del conductor del resto de los pasajeros. Cuando salió al pasillo, Jutarou volvió a centrarse en Makoto.

—Bueno. -le dijo- Siéntate donde estaba el conductor.

—¿Eh?

—Eres mi rehén. -concluyó, antes de empujar a Makoto al sitio del conductor. Makoto gruñó mientras caía de espaldas. Jutarou cerró la puerta y acabó así su jaula para rehenes.

Makoto no comprendía cuáles eran las intenciones de Jutarou. Se preguntó, de forma bastante ridícula, si él tenía que hacer algo en un asiento tan importante.

Jutarou, por otra parte, se preparaba para llevar a cabo el plan en el que había estado trabajando hasta ese momento. Era algo improvisado y conciso, pero lo bueno, si breve, dos veces bueno.

Primero hizo que el conductor, su principal amenaza, recogiera todas las joyas y las metiera en la mochila robada de uno de los pasajeros. Mientras el conductor se ocupaba del asunto, Jutarou examinaba con atención a todos los pasajeros, con el fin de que nadie intentara nada raro. Es probable que no fuera necesario, ya que todos estaban paralizados de miedo: nadie movía ni un dedo para intentar sacar sus móviles y pedir ayuda. Pero, para estar completamente seguro, Jutarou le dijo a todos los presentes:

—Por vuestro bien, será mejor que no intentéis haceros el héroe, ¿de acuerdo? No os he robado nada a vosotros, así que esto no es asunto vuestro. Si cerráis el pico y os metéis en vuestros asuntos, no os pasará nada. Es tan fácil como eso.

Los pasajeros permanecían sentados, temblando en silencio y esperando a que todo acabara. Salvo uno de ellos.

Con un ojo entreabierto veía todo lo que pasaba en el autobús, mientras esperaba a que el secuestrador bajara la guardia. Lo más probable es que su oportunidad llegara cuando el conductor acabara de recoger las joyas, pensó el viejo barbudo. No le cabía duda de que el ladrón, que ahora oteaba el autobús como si fuera un halcón, se centraría en su botín cuando acabara.

Al momento, el conductor, que se encontraba a cuatro patas, murmuró al ladrón:

—Eh... Ya está todo...

Al oír eso, las comisuras de los labios de Jutarou formaron una sonrisa y arrebató el botín de las manos del conductor.

—*¡Ahora!*, pensó el viejo. Sus ojos se abrieron de par en par y saltó de su sitio con una agilidad increíble para alguien de su edad.

—¿Cómo...? -alcanzó a decir Jutarou al perder el equilibrio. El viejo se había aferrado a su espalda.

—¡Serás estúpido! ¿Cómo te atreves a darme la espalda a mí, un quinto dan de kendo?

En cuanto recuperó el equilibrio como pudo, Jutarou comenzó a enzarzarse con el viejo. Ahora, su voz ya no tenía ni un ápice de tranquilidad.

—¡¿Pe-*Pero* qué kendo ni qué narices?! ¡Solo me estás agarrando los brazos!

Jutarou tenía razón, pero era innegable cómo la presteza y la valentía del viejo eran fruto de años de entrenamiento en artes marciales.

El viejo agarró la mano derecha de Jutarou, la que tenía el cuchillo, con ambas manos. Apretó con todas sus fuerzas para que no se le escapara aquel ladrón.

—¡Aaaahhhhhh! ¡Suéltame, joder! -gritó, mientras se retorció y se resistía con todas sus fuerzas.

Makoto, que estaba sentado en la parte delantera del autobús y podía oír toda la trifulca, empezó a temblar con intensidad. La razón no era el miedo, sino todo lo contrario.

¡Tengo que ayudarlo! ¡Tengo que ayudar al viejo!

En aquel preciso instante, una motivación intensa surgió desde su interior. Sus ojos ya no mostraban la timidez de aquel chico tan normal que era hasta extraño, aquellos ojos que todo el mundo conocía. Ahora, su mirada reflejaba el deseo ardiente de luchar hasta el final, por muy complicada que fuera su situación o por muy en desventaja que estuviera. Antes de que su mente se adaptara, su cuerpo ya se movía por puro instinto, lo que era propio de Makoto Naegi.

Colocó sus manos en algo que había al lado del asiento del conductor y se levantó con firmeza de este.

Algo no encajaba en todo aquello.

Al instante, sintió como si el mundo se moviera a toda velocidad.

En su intento apresurado de levantarse, Makoto había agarrado la palanca de cambios del autobús y apoyado el pie en el acelerador, por lo que el vehículo comenzó a avanzar.

Makoto gritó de sorpresa, al igual que el resto de los pasajeros. El interior del autobús resonó con una cacofonía de gritos y súplicas.

Mientras el autobús iba hacia delante, Jutarou se las apañó para recuperar el equilibrio, aunque solo fuera por un segundo. Tanto él como el viejo acabaron en el suelo, separados el uno del otro.

—¿Pe-Peró qué haces, hijo?! -gritó el viejo hacia la parte delantera del autobús.

—¡No...! ¡No lo...! ¡No lo sé!

Cualquiera que estuviera allí diría que la culpa de aquel error era de Makoto y de nadie más, pero él lo atribuía una vez más a su mala suerte. Nunca había conducido un coche, así que, ¿cómo iba a saber él que lo que acababa de agarrar era una palanca de cambios o que lo que había pisado era el acelerador? Además, ¿no se suponía que se activaba el freno de emergencia en cuanto el conductor se levantaba de su sitio?

Ese solía ser el caso, sí. Sin embargo, aquella situación era excepcional y, en mitad de la confusión, al conductor se le había olvidado usar el freno de emergencia cuando Jutarou le obligó a salir de su sitio, lo que supuso un eslabón más a la racha de mala suerte de aquel día. Tal desgracia hizo añicos su determinación como una pelota de béisbol que rompe el cristal de una ventana que, además de romperse, también se lleva por delante a los demás pasajeros del autobús.

El autobús prosiguió con su marcha, tan rápido que el exterior era ya indistinguible. El motor rugía, el viento silbaba y los pasajeros gritaban. Una única voz se alzó entre todos esos sonidos.

—¡El freno, hijo! ¡Pisa el freno! -gritó el viejo, que devolvió a Makoto a la realidad. Levantó el pie del acelerador y pisó con firmeza el pedal que había al lado. El autobús chirrió hasta detenerse y Makoto juraría que la parte trasera se había levantado un poco.

Makoto chilló cuando el autobús le tiró desde el asiento hasta el pasillo. Mientras salía, sin embargo, su mano golpeó algo más: un botón en un panel que estaba al lado del asiento del conductor. En cuanto se dio cuenta de lo que había hecho, la voz de una mujer resonó en el autobús.

—Abriendo puertas. Cuidado al salir.

La voz de megafonía dejó de sonar y las puertas se abrieron de par en par.

Jutarou fue el primero en reaccionar. Con la bolsa llena de joyas, fue corriendo a la parte delantera del autobús y saltó a la salida.

—¡¿Pero qué haces, hijo?! -gritó el viejo, que seguía en el suelo- ¡Ve a por él!

Su cara se retorció de dolor: era incapaz de levantarse. Debía haberse hecho daño al caerse.

Makoto, que estaba boca arriba entre el pasillo y el asiento del conductor, pudo ver cómo el viejo le miraba, pero tardó unos segundos en procesar que le hablaba a él.

—¡Muévete, hijo! -exclamó el viejo, hasta que cayó en la cuenta.

—¿Eh? ¿Yo?

—¿Quién si no?! ¿A quién se le ha escapado?!

¿Que a quién se le ha escapado? ¿Se refiere a mí?, pensó, perplejo. Los pasajeros le miraban con impaciencia y Makoto estaba con la boca abierta. *¿No querrán que vaya tras él?* Miró con desesperación a todos los pasajeros, en busca del conductor. Supuso que si alguien tenía que perseguir al ladrón debía ser él, pero el conductor estaba inconsciente en uno de los asientos. Debía haberse golpeado la cabeza cuando Makoto pisó el freno.

Este *no* era un día afortunado para Makoto Naegi.

—Ay... Ay, madre mía... -murmuró Makoto, con la cara torcida de miedo y nerviosismo.

—No te preocupes. -le dijo el viejo, que señalaba al cuchillo táctico bajo su sitio- ¡No va armado!

El hombre tenía razón: aquel era el cuchillo que Jutarou había blandido antes. Lo que significaba que ahora estaba desarmado, sí, pero no suponía ningún cambio. Makoto estaba igual de desarmado. Creer que porque el hombre no tuviera su cuchillo le iría bien a él era, cuanto menos, ridículo. Si los dos acababan en una pelea, Makoto tenía la clara desventaja física, lo que sabía muy bien.

¿Que no me preocupe? ¿Cómo pretende que no lo haga? Makoto se quejaba del viejo en su cabeza. Pero mientras le maldecía, se levantó y se dirigió a la puerta. En aquel momento ya estaba demasiado hecho un lío: su cuerpo se movía por sí mismo y no le preocupaban las posibles consecuencias. *¿Cómo si no podría haberse rendido ante una cadena tan ridícula de mala suerte, aceptándola por lo que era?*

¡Ya me da igual lo que pase!, pensó Makoto, que bajó corriendo las escaleras y chocándose de repente con alguien, lo que causó que cayera de culo en uno de los peldaños.

—Ay, ay, ay, ay... -murmuró, tras lo que levantó su cabeza para ver lo que acababa de pasar. Ante él se encontraba en el suelo un hombre con un casco blanco y un uniforme azul marino,

Makoto reconocía aquel uniforme: el hombre era un cartero. El cartero había visto cómo el autobús pegaba un acelerón y frenaba al poco de golpe, así que fue a asomarse para ver qué pasaba. Cuando intentó subirse al vehículo, se chocó con Makoto.

—E-Es que me pareció algo raro... -dijo el cartero, que se frotaba el cuello. Debía haberse golpeado la cabeza en el guardarraíl tras el impacto con Makoto. Como llevaba casco, no se había hecho daño de verdad, aunque parecía dolerle el cuello.

—Bueno, ¿hay algún problema?

—E-Eh... pues... -mientras Makoto se debatía entre explicarle la situación o preguntarle por su cuello...

—¡Qué suerte la mía! -exclamó otra voz. Makoto giró la cabeza hacia la voz y vio a Jutarou Akafuku subido en la moto del cartero, que la había dejado a unos metros del guardarraíl.

—Hago todos estos planes complejos porque odio que el azar me la juegue, pero al final dependo de él. -dijo, mientras agarraba con calma los manillares de la moto rojo brillante.

—Bueno, al menos me queda mi suerte, supongo.

La verdad era que la suerte le protegía, porque el cartero se había fijado en el autobús y, al chocarse con Makoto, había permitido que Jutarou obtuviera un vehículo para fugarse.

—Ah, te digo lo mismo a ti, chico. -le dijo Jutarou a Makoto.

—¿Eh?

—Si me arrestaran por *tu* culpa, te juro que te guardaría rencor *toda* la vida.

Aunque la voz de Jutarou sonara en parte lastimera, su expresión era de puro desprecio. Aquel rostro le daría escalofríos a cualquiera; era como la de un perro salvaje que acabara de encontrar una presa.

Makoto no podía moverse ni un milímetro, ni para correr ni para luchar. Se quedó congelado en su sitio, como si fuera la presa que iba a ser devorada.

Al ver aquello, Jutarou se rió levemente. Como alguien que intentaba minimizar las casualidades en sus planes, no era de los que hacían amenazas así. En este caso, sin embargo, no pudo evitarlo. *Tenía* que vengarse de alguna forma, por muy insignificante que fuera, de aquel niño que tenía delante. Aquel chico que había borrado de un plumazo sus planes tan elaborados, sin tan siquiera quererlo. Por pura suerte. Jutarou *no* toleraría algo así. Así que amenazó al muchacho, para asustarlo aunque fuera un poco.

Claro que la amenaza no iba a cumplirse. Lo más probable es que Jutarou no volviera a ver al muchacho jamás. Como el chico sabía que era un ladrón, que se encontraran sería un incidente desafortunado, que era justo algo por lo que Jutarou se negaba a pasar. Aunque su buena suerte hubiera ganado aquella vez, lo último que quería era arriesgarse de nuevo.

Dicho de otra forma, a Jutarou le daba miedo el gafe que llevaba Makoto encima, pero esa idea como tal no se le pasó por la cabeza o, más bien, no quería que se le pasara.

Fiiiiiiuuuummmmmmmmm.

Sin despedirse siquiera, Jutarou aceleró en aquella moto roja. Había montado en otras antes, pero esta era la primera vez que usaba una de reparto. Descubrió, sin embargo, que la diferencia era mínima, aunque contaba con la desventaja de que llamaba la atención. Pensó en robar el uniforme del cartero, pero no le daba tiempo a ello. Su principal objetivo era huir de allí. Una vez hubiera dejado atrás a la gente del autobús, podía preocuparse de cambiar a un vehículo menos llamativo.

—¡E-Eh! ¡Detente! -gritó el cartero, que corría tras la moto. Parecía no notar ya el dolor del cuello.

Makoto había conseguido bajarse del autobús, pero no mucho más. Estaba parado en la calle y veía cómo transcurría la escena en silencio. Todo en lo que podía pensar era en cómo no quería seguir con aquello. No *quería* que Jutarou escapara, pero no se le ocurría ninguna razón más por la que debiera estar implicado en el asunto. Lo peor que podía pasar era que detuvieran a Jutarou y le guardara rencor.

Si comparaba eso a lo que pasaría si le persiguiera, Makoto consideró que era lo mejor que podía hacer. Aquella era la conclusión normal que su mente ridículamente normal había alcanzado. No era un héroe, sino un estudiante normal y corriente o, al menos, lo era en aquel momento.

Todo cuanto Makoto Naegi quería era que el incidente se resolviera en algún lugar donde él *no* estuviera. Así que por eso se quedó inmóvil mientras Jutarou huía.

Se acabó, pensó, tras un suspiro profundo. Ahora todo puede volver a la normalidad. *Hola a mi vida de instituto tranquila y aburrida*. Sus músculos tensos comenzaron a relajarse y, apenas unos segundos después, fue testigo de algo que no podía creer.

De repente, la moto robada de Jutarou volcó por completo.

¿Eh? ¿Cómo?

Antes de que su mente pudiera procesar lo que estaba viendo, un rugido intenso retumbó por toda la zona: el sonido de una explosión. Makoto tembló y se aferró a sí mismo. Sus ojos estaban tapados en parte por sus propias manos, pero podía ver cómo salían llamas y humo negro de la moto recién volcada.

¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Todo aquello tenía cada vez menos sentido. Se quedó inmóvil, estupefacto, con los ojos clavados en el incendio.

—No... ¡No! -gritó el cartero, que devolvió a Makoto a la realidad. El cartero corrió a la moto en llamas y fue en aquel preciso instante cuando Makoto *se dio cuenta* de lo que estaba viendo.

Tragó saliva y murmuró de forma inaudible:

—¿Pero qué...? Como si el fuego contara con su propia gravedad, atrajo a Makoto al lugar del accidente. Caminaba tambaleante a lo largo de la calle. Varios pasos después, su pie se topó con algo.

Una lata de aluminio abierta resonó a lo largo del asfalto. La lata estaba doblada por dentro, como si la hubiera pisado algo. Había marcas de neumático en la carretera cerca de la lata aplastada.

—Ah...

Los recuerdos le vinieron de repente. Las bolsas de plástico rasgadas. Las latas derramadas. El hecho de que no las había encontrado todas.

Y cayó en la cuenta.

Las latas de refresco que se le habían escapado. Una de aquella había llegado a la carretera, no la recogió nunca y Jutarou la había pisado al intentar escapar, lo que provocó que perdiera el equilibrio.

Dicho de otro modo: aquella catástrofe era, una vez más, el resultado de la mala suerte de Makoto. Apenas unos instantes antes, había rezado para no tener que ver nada más en todo aquello. Quién sabe, a lo mejor todo esto había pasado *precisamente* porque había pedido tal deseo.

El número de coincidencias que se requerían para llegar hasta aquel punto era casi surrealista. Pero aquello no impedía que al final pasara. Por muy improbable que pareciera aquello, era real como la vida misma. Lo «creíble» que fuera no importaba: lo único que valía al final era que la mala suerte de Naegi era lo bastante fuerte como para que *pasara*.

Jutarou estaba inconsciente en el suelo, a unos metros de Makoto. A primera vista no parecía tener heridas graves, a nivel físico al menos. A nivel mental, bueno, era otra historia. Lo más probable es que su orgullo hubiera recibido una puñalada en un órgano vital. Aquel incidente le había enseñado una valiosa lección: cualquier plan, por muy complejo que fuera, estaba siempre a merced de la suerte.

Jutarou Akafuku había fallado por una única razón: la mala suerte de Makoto Naegi era más poderosa que su buena suerte. Ante la pésima suerte de Makoto, los planes detallados de Jutarou se

los llevaba el viento. Por mucho que intentara eliminar la casualidad como un componente de sus planes, era todo en vano. Ninguna cantidad de trabajo o talento puro era capaz de superar una tormenta tan violenta de mala suerte.

Todo en lo que creía se habría hecho pedazos. Al despertarse, habría comenzado a temer a la suerte. Si quería seguir adelante con su vida, tendría que verlo todo desde una nueva perspectiva: no sólo para sus trabajos, sino para su vida diaria.

Mientras tanto, el chico que había provocado todo eso, aquel estudiante de instituto tan desgraciado que le había causado aquellos traumas, suspiró y sus hombros se desplomaron. Se sentía mal por lo que había hecho y por lo que habían causado sus acciones.

La moto del cartero seguía ardiendo con ganas en la calle, al igual que todas las cartas que llevaba. El cartero recorría el lugar del accidente con pasos apresurados, mientras murmuraba.

—A-Ay... ¿Yo qué hago ahora?

Al ver al cartero, Makoto se sintió aún peor.

Al rato, oyó el ruido de una sirena que resonaba a lo lejos. Volvió a suspirar al oír cómo se acercaba aquel sonido.

Lo que viene ahora tampoco va a ser muy divertido, pensó, intuyéndose lo que le esperaba. Y su predicción dio en el clavo.

—Puf... -murmuró- Es el peor día de mi vida.

Aquel día, aquel día tan asquerosamente precioso, fue sin duda el peor día de la vida de Makoto Naegi. Sin embargo, aún le faltaba saber el auténtico motivo por el que era el peor día de su vida. Después de todo, aún tenía que pasarle lo más malo; de hecho, su miseria no acababa sino de empezar.

La moto del cartero y las cartas que llevaba ardieron con ganas en la calle, lo que señalaba el comienzo de la *peor* de las desgracias de Makoto.



—Entendido. -resonó la voz de un señor mayor. Al igual que en otras ocasiones, estaban reunidos en la sala privada de la junta directiva de la academia Kibougamine, aquella sala con la mesa grande, redonda y de madera en el centro, la moqueta roja y las cortinas gruesas ante la ventana. La tensión de la sala se podía cortar como si fuera un hilo.

—¿Y qué es lo que pretenden hacer al respecto?

—Pft. Ni que hiciera falta preguntarlo. Mandamos otra invitación. No es como si el destinatario hubiera ardido entre llamas. -respondió irritado el tercer integrante de la junta. Se notaba que quería pasar lo menos posible discutiendo este asunto.

—No es tan fácil. -dijo el director, que atrajo todas las miradas de la junta- Por desgracia, la joven no va a poder formar parte de la academia Kibougamine como la Estudiante afortunada definitiva.

Sus cejas se arquearon.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que acaban de oír. -dijo el director con calma- Esa carta debería haber llegado a su destino sin problema. El hecho de que no fuera así se trata de un incidente desafortunado. Aunque ella no haya hecho nada malo, esta racha de mala suerte significa que hay un estudiante en este país que merece tal título más que ella. Es algo que no podemos obviar.

—¿Quieres sacar otro nombre?

El director asintió con la cabeza.

—Su mala suerte evitó que pudiera recibir la inviación. Si fuera cualquier otro talento, ahora no tendríamos esta discusión, pero se trata de la Estudiante afortunada definitiva. No nos queda otra que hacer otro sorteo y darle el título a alguien que sí se lo merezca.

—Conociéndote, seguro que ya tienes a otro candidato.

El director se rió.

—Incluso he enviado la carta de admisión. Es probable que llegue antes de que acabe el día.

La junta directiva no pudo ocultar su sorpresa.

—Las noticias del accidente se emitieron esta misma tarde. ¿Quiere usted decir que hizo de inmediato otro sorteo, llevó a cabo todos los trámites y envió la carta de admisión?

—No es buena idea demorar asuntos como este. -contestó el director. Aunque no era algo de lo que presumiera, el director era muy raudo en actuar si la situación así lo requería.

—He aquí a un hombre que vive para trabajar. -dijo con sorna uno de los miembros de la junta, provocación que el director ignoró. En vez de eso, cogió de la mesa una única hoja de papel.

—A raíz del accidente postal que ha transcurrido esta tarde, desde la academia Kibougamine hemos vuelto a escoger un nuevo nombre, mediante sorteo justo e imparcial, de entre todos los alumnos matriculados en institutos a lo largo de todo el país, con el fin de invitarle a formar parte de la academia Kibougamine en calidad de Estudiante afortunado definitivo. El nombre que ha resultado elegido es... -el director hizo una pausa para respirar- ...Makoto Naegi.



Eran pasadas las diez de la noche y Makoto había estado testificando unas seis horas en total. Estaba tan cansado que no tenía fuerzas ni para contestarle a su madre cuando ella fue a recogerle a la comisaría y empezó a echarle la bronca.

Qué día de perros -se quejó para sí, suspirando de nuevo mientras su madre y él se marchaban de la estación. *Encima me he perdido el programa de esta noche*, pensó, al recordar el programa musical en el que iba a participar una compañera de su colegio. Pero no era el fin del mundo, ya que seguro que saldría en muchos otros más adelante. Al fin y al cabo, era la líder de un grupo musical muy popular.

Todo cuanto Makoto quería hacer era dormir. Quería ir a casa, tirarse en su cama y dejar atrás el peor día de su vida lo antes posible.

Aun así, aún le quedaba algo más por hacer mañana: disculparse con el grupo que había dejado en el parque. Seguro que pensaban que le habría robado el dinero y pista. Dudaba de que estuvieran de humor para escucharle, lo que hacía aún más difícil la labor de convencerles de lo que había pasado *de verdad*.

Esta obligación pendiente agotaba aún más si cabe a Makoto. Al ver la cara de frustración de su hijo, la madre de Makoto optó por algo que no solía hacer y llamó a un taxi. La familia Naegi era más bien ahorradora, pero debía sentirse lo bastante mal por él como para hacer una excepción.

El recorrido de la comisaría hasta su casa duró en torno a media hora, pero durante todo el camino Makoto se limitó a mirar por la ventanilla el paisaje que dejaban atrás y a rezar para que nada más sucediera. Era lo normal, si tenemos en cuenta la mala suerte que había tenido ese día. El ambiente en el taxi estaba tan tenso, que Makoto prefería que hubieran ido en tren como siempre.

Pero Makoto se preocupó en vano. Llegaron sin problemas a su casa. En cuanto su madre y él salían del taxi, Makoto suspiró de alivio. Cuando abrió la entrada...

—¡Ma-Makoto! ¡Vas a flipar! ¡Makotoooo! -gritó su hermana, que corría hacia él. Tenía la cara roja como un tomate.

—¿Qu-Qué? -preguntó Makoto, con el cuerpo tenso.

—E-Eh, pues... bueno, yo, eh... m-me... ¿me prometes que no te vas a poner nervioso?

—¿Quién está más nervioso de los dos?

—Tienes razón. -dijo ella.

Se puso la mano en el pecho, respiró hondo varias veces y murmuró tres veces para sí.

—Imagina a todo el mundo en ropa interior... en ropa interior... en ropa interior... Bu-Bueno, toma.

Mira esto. -dijo por fin, mientras tendía su mano derecha temblorosa. Tenía un envoltorio blanco.

—¿Y esto? -preguntó Makoto, que cogió la carta de la mano de su hermana y la examinó. El envoltorio era de un papel grueso en el que ponía “Sr. Makoto Naegi” con letras grandes por delante. Estaba dirigido a él, sí, pero no entendía por qué su hermana estaba tan nerviosa.

—De-Detrás. -dijo su hermana- Mira por detrás.

—¿Por detrás? -repitió Makoto, que le dio la vuelta al envoltorio- ¡¿Eh?! -gritó, desprevenido.

En la parte de atrás de la carta ponía «Oficina administrativa de la academia Kibougamine».

—¿La academia Kibougamine? ¿Esa academia Kibougamine?

—¡Esa, esa! -chilló su hermana, que daba saltitos como un conejo- ¡Dentro pone que vas a ser el «Estudiante afortunado definitivo»! ¡Que te vas a la academia Kibougamine, Makoto!

¿Yo? ¿El Estudiante afortunado definitivo?

Aún no había entendido lo que pasaba allí.

—Espera. -dijo él- ¿te has leído la carta sin mi permiso?

—Bueno, ¿y qué más da? -preguntó, con su cara demasiado cerca de la suya. ¡La academia Kibougamine! ¡Esa escuela de la que si te gradúas, te resuelve la vida! ¡Vas a ser uno de ellos!

Su respiración era tan fuerte que hasta podía sentirla. Al ver a su hermana tan agitada, se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Qu-Que voy... a la academia Kibougamine? -preguntó, al darse cuenta de la increíble verdad que se cernía sobre él. Con manos temblorosas, cogió el envoltorio y sacó la carta de dentro. Mientras sus ojos recorrían el texto, tragó saliva.

«Desde la academia Kibougamine hemos elegido al azar a un único candidato de entre un grupo de estudiantes. Nos complace comunicarle que ha ganado el sorteo, por lo que será el Estudiante afortunado definitivo de este año.»

—¡Qué maravilla, Makoto! -exclamó su madre desde detrás, tras lo que puso sus manos sobre sus hombros.

— ¡Hip, hip, hurra! -gritó su hermana, que bailaba como si la hubieran elegido a ella.

—¿Y papá? -preguntó su madre- ¿Ya ha llegado?

—¡Sí, está en el teléfono hablando con abuelo y abuela!

—¡Tienen que enterarse de esto!

La madre y la hermana de Makoto chillaban al unísono, con las manos juntas y algún que otro bailecito. Mientras veía a su familia, que se alegraba por él, Makoto pudo sonreír por fin. Se rió un poco, apretó su puño y comenzó a celebrarlo.

—Vi-Viva... Viva. -al principio, sólo podía murmurar, pero poco a poco su emoción fue a más.

—¡Viva! -gritó con todas sus fuerzas. Lo que había empezado como un día terrible plagado de desgracias había cambiado por completo casi por un milagro afortunado. Vio la invitación como un regalo del destino, como una ley inmutable en contra de su mala suerte.

Sin embargo, la realidad era justo lo contrario. Había resultado elegido como el Estudiante afortunado definitivo por muy, muy mala suerte. Si no hubiera resultado elegido, no habría conocido a ese oso mecánico tan extraño y jamás habría tenido que participar en el Coliseo académico.

Jamás habría vivido ninguno de esos momentos de tan profunda desesperación.

Pero fue elegido. Fue elegido para ser el Estudiante afortunado definitivo. Y eso, más que cualquier otra cosa, fue lo que convirtió aquel en el peor día de la vida de Makoto Naegi.

Sin embargo, en este momento de su vida, Makoto no tenía ni la más remota idea de lo que le deparaba el futuro. Pasó la velada celebrándolo con su familia.

Es totalmente normal. Después de todo, esta es la historia de algo que pasó antes de que pasara nada.

Así fue como acabó el peor día de la vida de Makoto Naegi.

Cerró el día... con una sonrisa.

**Makoto Naegi, Estudiante afortunado definitivo:
Le damos la bienvenida a la academia Kibougamine.**

Créditos

Autor original

Kazutaka Kodaka

Traducción del japonés al inglés

[Project Zetsubou](#)

Traducción del inglés al castellano

Van_Kaiji

Edición de portadas

skads7

Corrección y revisión

Darkmet, Shiryu

Un proyecto de TranScene, en colaboración con TraduSquare

<https://tradusquare.es/>

Edición 1.0, 09/2018

